

STILL ROCK

Luis Puig

El rock ‘n’ roll comienza con un balanceo y el alboroto del cuerpo y del lenguaje, pero ¿qué hay de ese alboroto en una instantánea? La imagen sonora, al decir de Santiago Auserón, organiza el tiempo, ya sea gracias al ritornelo, que satisface la espera, o el *groove*, que avanza implacable. Abolido el discurrir del tiempo, yo miro las fotos de los conciertos del Vives y salta una musiquilla en mi memoria. El jaleo del cabaret europeo de Gran Teatro Amaro. Y un estribillo que se ha quedado prendido en mi memoria retorna. O unos versos convertidos en consigna, abriendo un surco para avanzar en la vida: los que cantaba Roberta Possamai el 16 de mayo de 2002 en el Vives, y ahora canta su foto con las piernas abiertas “No queremos estar tristes / Es demasiado fácil / Es demasiado estúpido / Es demasiado cómodo”, esos versos sudamericanos de Blaise Cendrars.

La exposición *Still rock* documenta 8 años de música en el Colegio Mayor Luis Vives, durante los cuales, además de un buen número de conciertos de música clásica y de jazz, se han producido más de cien actuaciones de música pop. Sesenta y seis fotografías de cuatro fotógrafos, que, al entretenerse desplegando instantáneas de algunos momentos singulares, dejan fuera un buen número de las actuaciones.

Tristram Shandy se lamentaba por haber necesitado dos años para narrar los dos primeros días de su vida. Pero Bertrand Russell en *Los principios de la Matemática* ya demostró que ese problema shandy tiene solución. Lo que Russell llamó la paradoja de Tristram Shandy ha de ser aceptada, tiene sentido. Basta con disponer de un tiempo infinito que esté presente, es decir, basta con estar en el paraíso que Cantor inventó para disfrute perpetuo de los matemáticos. En el paraíso de Cantor, a condición de vivir un tiempo infinito, los días de la vida de Tristram Shandy se pueden poner en correspondencia biunívoca con los años de su vida, de modo que cualquier día es narrado en algún año, y en su vida es posible pues narrar su vida completa.

Ojo, como pop, es un palíndromo. Y yo miro las fotos de los meccanos de Pierre Bastien, que construyeron en sus actuaciones en el Vives ritornelos maquinales. “La forma palindrómica”, nos dice Pierre Bastien, “construye un bucle de letras que se repiten como las notas del instrumento mecanizado. Tal como las máquinas que se oyen aquí, los palíndromos permiten que sepamos ver la música al revés y luego contestan que sí, el alboroto del lenguaje es musical”. El tiempo se abisma en el vaivén del palíndromo, que captura por reiteración el infinito en un instante. O se diluye como el fantasma de Enric Casasses, de quien nos cuenta Pascal Comelade en sus *Écrits Monophoniques Submergés*: “Actualmente, y excluyendo a Enric Casasses, no conocemos otro solista virtuoso del triángulo”.

Mirando estas instantáneas pienso lo que Borges en uno de los 17 haiku que incluyó en *La cifra*: “Callan las cuerdas / la música sabía / lo que yo siento”.